



Cultivos energéticos

Durante más de 10.000 años, la principal fuente energética tenía directamente procedencia agraria, el punto de inflexión comienza a mediados del siglo XIX, con la utilización del carbón al generalizarse en múltiples usos la máquina de vapor. En el siglo XX, con la generalización de la utilización del petróleo, se produce un declive total del sector agrario como productor directo de energía. Nuestra civilización actual está materialmente sentada en un barril de petróleo y la maraña de intereses económicos creados a su alrededor es capaz de cambiar gobiernos o provocar guerras; aún así, ya en nuestro siglo, el XXI, se toma conciencia clara de que la utilización desmedida de estos combustibles fósiles produce tales cambios en la atmósfera de nuestro planeta que puede abocarnos a un cambio climático de consecuencias dramáticas para la humanidad, y ésta no es la aseveración de ningún grupo de ecologistas radicales, sino de la ONU, afirmación solemne, con una toma de conciencia común de todos los pueblos de la Tierra, manifestada en el

Protocolo de Kyoto, recientemente ratificado en Nairobi. Hay que disminuir drásticamente las emisiones de CO₂ y buscar alternativas a la utilización de los combustibles sólidos.

La UE, a la que pertenecemos, lógicamente suscribió el Protocolo de Kyoto, y empezó a trazar el camino para que fueran paulatinamente disminuyendo las emisiones de CO₂ a la atmósfera. Dentro de las medidas propuestas hay algunas que vienen a rescatar, en parte, el papel que el sector agrario puede jugar en la producción de energías limpias, energías por otro lado renovables, que se producen en un marco de sostenibilidad, con un plus geopolítico, de carácter estratégico, nada desdeñable para nosotros de tener un cierto grado de independencia en el abastecimiento de combustibles, aunque éste sea en principio francamente modesto.

Más allá de la producción de energía eléctrica aprovechando la energía eólica, o la derivada del sol, se propicia la utilización de la biomasa y para el transporte las mezclas con biocombustibles, biodiésel y bioetanol, de los gasóleos y gasolinas al

uso, ya que el transporte es causante en más de un 40% de las emisiones de CO₂.

La Comisión promulga, a este respecto, dos directivas, una por la que en 2010 prevé la obligatoriedad de mezclas de las gasolinas y gasóleos en un 5,75% con bioetanol y biodiésel. Y otra en la que fija la política fiscal de los Estados para estas mezclas, concediendo un margen amplísimo a los Estados en este campo.

Cada Estado miembro de la UE está aplicando la directiva atendiendo a sus condiciones específicas, pero los hechos son que los más punteros e importantes por su peso económico y demográfico, como Alemania y Francia, ya han dado el necesario paso de convertir en norma obligatoria la directiva comunitaria. Por otro lado, y ya en el mes de marzo de este año, la Conferencia de Jefes de Estado aborda el tema, y la propia comisaria Fisher habla ya de la obligatoriedad para el 2013/2015 de mezclas del 10%. La política de biocombustibles, en razón de su propia importancia intrínseca, deja de ser un elemento colateral para convertirse en una cuestión principal.

■ En el siglo XX, con la generalización de la utilización del petróleo, se produce un declive total del sector agrario como productor directo de energía

En nuestro país, la directiva comunitaria tuvo como primer reflejo la elaboración del Plan de Energías Renovables (PER), que se materializa en un decreto-ley que establece entre otras cuestiones, para el cumplimiento del 5,75%, la producción de 1.200.000 tep de biodiésel y 750.000 tep de bioetanol (tep son toneladas equivalentes de petróleo). El lógico paso siguiente, al igual que los grandes países de la UE, será la norma legal que imponga la obligatoriedad de la mezcla, lo que podría ocurrir en cualquier momento. Sería magnífico que cuando estas líneas se publicasen, este hecho ya se hubiera producido.

Desde el sector agrario no debemos confundir el problema, en cualquier caso, la mezcla de biocombustibles en diversas y sucesivas proporciones crecientes se producirá, la cuestión es qué proporción de materias de producción nacional vamos a ser capaces de aportar. Las cifras son ya muy importantes, y el acuerdo entre industrias transformadoras y sector productor de materias primas se impone. Buscando siempre alterar al mínimo los equilibrios existentes, teniendo en cuenta los intereses de otros sectores agrarios, la globalidad de los mercados y la necesaria rentabilidad para todos. Decíamos que las cifras eran importantes, y en efecto lo son. Baste decir que para producir 1.200.000 toneladas de biodiésel, que se produce a partir de aceites vegetales, y considerando de manera muy realista la rentabilidad empresarial de las industrias, podrían aportar un 25% de la necesaria para el total de estas 1.200.000 toneladas en forma de aceite de colza o girasol, esto nos llevaría a unas necesidades de unas 430.000 hectáreas de colza o la equivalente respectiva de girasol. Se podría utilizar también entre un 25/50% de aceite de soja de nuestras extractoras que producen harina de soja y el resto serían aceites tropicales de bajo precio. En el caso del bioetanol, las 750.000 tep necesarias para cumplir la normativa, se pueden hacer con cereales y remolachas, y aquí se podría llegar a cuotas muy altas de abaste-

cimiento de materia prima nacional, del orden de 50.000 hectáreas de remolacha y unas 700.000 de cereales. En conjunto podríamos llegar a alcanzar 1.300.000 hectáreas de cultivos energéticos.

Equilibrio

Estas cifras producen alarma en algunos sectores agrarios, principalmente los piensos, uno de los grandes consumidores de cereales. Suben los piensos, sube la carne, sube por lo tanto el "pollo", y miren por dónde el sector de biocombustibles, prácticamente "non nato", ya se ha convertido en un sector inflacionario. Dentro de la fraternidad que debe reinar entre todos los sectores agrarios, todos estamos en el mismo barco, debemos pensar que un problema tan complejo como es la formación de los precios agrarios no puede tener una respuesta simple, que se acerque en la medida de lo posible a la verdad. Vaya por delante que si la rentabilidad para las Industrias productoras de biocombustibles varía si el precio del barril de petróleo está a 50 dólares o supera los 75 dólares, la incidencia de los precios de las materias primas para la producción de biocombustibles debe igualmente tener en cuenta la relación con la incidencia en los precios de los piensos.

Pero, dicho esto, es bueno ir poniendo las cosas en su sitio. En primer lugar, de la producción de biodiésel el sector piensos en cualquier caso sólo puede tener beneficios, ya que la aportación de tortas procedentes de la extracción de los aceites se incrementan en cantidades muy considerables a los mismos o menores precios, e incluso en los equilibrios del precio de la harina de soja, clave en la industria de los piensos, los biocombustibles, el biodiésel en este caso, lo que aporta es estabilidad o tendencia a la baja al revalorizarse el precio del aceite de soja como consecuencia de una nueva demanda. Otra cuestión son los cereales, en donde en efecto se produce una nueva demanda, pero ¿de qué

orden?, estaríamos para las cifras manejadas en el máximo de autoabastecimiento de un 10% de la producción de cereales pienso, en un país fuertemente importador de grano, 40/50%, en el que las condiciones climatológicas superan con mucho estas oscilaciones del 10%. Es verdad que este es un año endiabrado en el mercado de cereales, con precios mundiales al alza, y que con simplicidad se ha achacado esta subida al alza al consumo de maíz por parte de EEUU para bioetanol. Pero la verdad es que éste es tan sólo uno de los factores, y seguramente no el principal, ya que estamos ante un año de oferta muy corta por razones climatológicas, frente a una oferta creciente por la aparición de nuevos mercados demandantes, la hiperelasticidad de los productos agrarios es de sobra conocida y de la excepción no debemos hacer la regla.

Sinceramente, no creo que los problemas para comenzar a andar vengan de los sectores agrarios, mas temo en otros poderosos sectores industriales, que arrastrando inercias reparen sólo en lo inmediato y no sean capaces de abordar lo mediato. Aunque, sin duda, la prudencia obliga a no entrar en cuestión tan delicada, como un elefante en una cristalería, ello no es óbice para no tomar decisiones, medidas prudentes sin duda, pero encaminadas a un futuro obligado. Porque, aunque tuviéramos mares de petróleo, la necesidad de disminuir el CO₂ atmosférico seguiría siendo la misma. Mejor subirse al carro que retrasar su salida.

Probablemente no haya ningún sector productivo que a lo largo del siglo XX y lo que llevamos del XXI, haya soportado tantos cambios y sobrevivido a ellos, es verdad que en el camino muchísimos han cambiado de oficio. Por ello, no podemos permitirnos perder este tren. No basta con producir y ser nuevos suministradores de materias primas, hay que abordar la fabricación de biocombustibles y entrar en su distribución, sin ánimo de monopolizar nada, coexistiendo, y coexistiendo bien, con los sectores industriales. La Mesa de Biocombustibles creada por el MAPA es un ejemplo muy consolador en lo andado hasta ahora, la Hoja de Ruta debe ser prudente y clara, y nuestra tenacidad por conseguir los objetivos propuestos, también. El camino no será de rosas, pero todo lo que merece la pena tiene un camino difícil, y en nuestro caso no hay duda de que merece la pena. ■